

Praxis científica en la periferia: Notas para una historia social de la arqueología colombiana

Cristóbal GNECCO *
Universidad del Cauca, Popayán

ABSTRACT

This article presents a schematic view of Colombian archaeology from the standpoint of social history. In doing so, the main trends of the discipline as they have been practiced in that country are single out, as well as the sociological matrix in which those trends have occurred.

Keywords: Archaeology, Colombia, Social history of science.

Palabras clave: Arqueología, Colombia, Historia social de la ciencia.

INTRODUCCION

Una crítica, dice Octavio Paz (1970: 11), es una actividad que despliega una posibilidad de libertad y al hacerlo se convierte en una invitación a la acción. No podría ser de otra forma, especialmente si aquel que realiza la crítica está, al mismo tiempo, involucrado en el escrutinio. En mi condición de arqueólogo colombiano practicante lo que intentaré hacer en este artículo es presentar una visión, necesariamente esquemática, de la forma en que la disciplina ha sido practicada en Colombia. Este ejercicio no es objetivo ni pasivo, puesto que implica una crítica personal de cómo y qué ha hecho la ar-

* Departamento de Antropología, Edificio El Carmen, 9-22, Universidad del Cauca, Popayán (Colombia).

queología colombiana en términos de su relación consigo misma y con el tejido social. Una revisión del pasado de estas relaciones, muy apropiado para un artículo sobre arqueología, servirá al propósito último de este trabajo: arrojar luz sobre la situación actual y lo que podrá ser eventualmente de ella. Para empezar, debo contradecir el título mismo de este trabajo: no existe una «arqueología colombiana», una etiqueta que definiría la forma en que la disciplina —desde un punto de vista teórico, metodológico, técnico e incluso político— ha sido practicada en este país. Como trataré de mostrar, este rótulo no solamente es innecesario sino inexacto. La arqueología hecha en Colombia, sobre todo por arqueólogos colombianos, se desarrolló hasta hace poco en la periferia de rupturas teóricas y metodológicas alcanzadas en otras partes. Este artículo no proveerá una narrativa cronológica de lo que los arqueólogos, nativos y extranjeros, han alcanzado en Colombia, sino que mostrará las tendencias de la praxis de la disciplina en este país, su matriz sociológica, los logros de más de cincuenta años de investigación arqueológica, las preocupaciones y limitaciones actuales y la clase de futuro que puede vislumbrarse desde un presente muy prometedor.

DE PAUL RIVET A FIAN

Para todo propósito práctico, la historia de la arqueología (y de la Antropología en general) en Colombia comienza con la invasión alemana de Francia. Aunque en el país hubo intentos previos de hacer investigaciones arqueológicas, tanto por extranjeros como por colombianos (véase Duque 1965: 75-91; Londoño 1989a, 1989b; Reichel-Dolmatoff 1965: 20-24; 1987: 17-19) y el Servicio Arqueológico existió desde 1938, no fue sino hasta que el antropólogo francés Paul Rivet escogió Colombia para huir de la Francia ocupada que la disciplina antropológica comienza realmente en nuestro país. Los años previos a la llegada de Rivet (que crearon, por los demás, las condiciones que la hicieron posible) fueron testigos de un corto período liberal que permitió el surgimiento de un sistema educativo más abierto, removiéndolo un tanto del puño ferreo e intransigente de la Iglesia, y que creó en 1936 la primera institución académica dedicada a la enseñanza de las ciencias sociales, la célebre Escuela Normal Superior. En 1941 el presidente liberal Eduardo Santos ofreció a Rivet apoyo oficial para realizar investigaciones antropológicas en Colombia; Rivet aceptó la oferta, y los primeros arqueólogos colombianos fueron entrenados bajo su sombra en el Instituto Etnológico Nacional, fundado ese mismo año. Aunque la agenda política del Instituto fue abiertamente democrática y pluralista, Rivet guió la incipiente disciplina

a través de una relación académica distante de la realidad social. El acercamiento al otro fue aséptico y centrado en el pasado: los indígenas (y más tarde los negros y los mestizos) fueron considerados en tanto sujetos históricos productores de una cultura material que pasó a formar parte de la tradición nacional (el Museo del Oro, por ejemplo, fue establecido en 1939). Nuestro ancestro indígena, supuestamente resucitado en excavaciones arqueológicas (especialmente cuando éstas ponían al descubierto restos de arquitectura monumental), fue alienado de su realidad contemporánea: los indígenas, restringidos en buena parte a un marco artístico, fueron parte del estado nacional solamente en su relación con el pasado, pero los indígenas contemporáneos fueron privados de ese privilegio. Como José Luis Lorenzo (1981: 197) ha dicho, este maniqueísmo condujo a una oposición predecible: la construcción de una tradición indígena presente/ausente en nuestra identidad nacional. La búsqueda del otro fue separada, desde el principio, de la búsqueda de la identidad nacional.

Este tardío patrocinio estatal a la investigación antropológica pone en evidencia la falta de una agenda política previa dirigida a crear una identidad nacional con la participación de las ciencias sociales y, poco que extrañarse, coincide con un período de liberalismo económico radical. Aunque puede decirse que algunos pocos intelectuales del siglo pasado, sobre todo Uricoechea (s. f.), ensalzaron el pasado indígena prehispánico y lo señalaron como uno de los pilares de nuestra identidad¹, la opinión general estuvo dividida entre una percepción romántica (actitud que permeó las artes hasta la primera mitad de este siglo) o un abierto desprecio del pasado indígena, sin mencionar el legado de las comunidades negras. La negación de grupos étnicos no hispánicos fue la ideología oficial: como en muchos otros países latinoamericanos, la aristocracia colombiana, primero, y la burguesía incipiente, después, construyeron sus identidades, hechas nacionales por virtud de la ideología, sobre la exclusión de los grupos étnicos subyugados². Esta ideología fue enmascarada muchas veces como sociología, como en los escritos de un agresivo y prominente intelectual de los años 30 y 40, Luis López de Mesa (e.g. 1939).

Pineda (1984: 202-203) ha dado una excelente visión de esos colombianistas tempranos, mostrando como valorizaron las poblaciones indígenas en tanto pudieran ser ligadas a estados civilizados de otras partes. Aunque el trabajo de estos individuos es la primera percepción n-racista de los indígenas, incluso intentando forjar una incipiente identidad nacional que los incluyera, también produjo dos categorías ideológicas opuestas, civilizado y salvaje, que en buena parte permanece todavía en la ideología oficial de Colombia.

² Esta afirmación es, por supuesto, una simplificación exigida por la brevedad de este trabajo. La identidad nacional en Colombia ha oscilado entre liberalismo radical y conservatismo, con el primero tratando de integrar diferencias regionales y étnicas en un proyecto capitalista homogéneo y el último excluyendo de manera efectiva las manifestaciones marginales al mundo español y católico (véase Pineda, 1984; Melo 1989).

La antropología era en esos días, y de manera exclusiva, la investigación del otro, especialmente de los indígenas, y los antropólogos fueron activos en varios campos: lingüística, antropología socio-cultural y antropología física, e incluso arqueología. El resultado fue una práctica amplia, aunque superficial, de la disciplina. Aunque esto puede sonar anacrónico, sobre todo si consideramos que por los años 40 este tipo de hombre orquesta era ya una pieza de museo en la mayoría de los países, el legado de Rivet no pudo ser distinto puesto que él mismo (y sus colaboradores en el exilio también) hicieron investigación en casi todas las subdisciplinas antropológicas, con resultados dispares. Aunque Rivet fue originalmente entrenado como médico, su formación antropológica, decididamente influida por sus trabajos de campo en Ecuador en 1901, estuvo dominada por la escuela histórico-cultural, esencialmente difusionista, tan prominente en la mayoría de los países latinoamericanos al comienzo del siglo (véase Politis 1992: 74). Poco después de que Rivet inaugurara la antropología en Colombia dos proyectos internacionales realizaron investigaciones arqueológicas en el país, el Instituto de Estudios Andinos de la Universidad de California-Berkeley y el Programa Arqueológico del Caribe de la Universidad de Yale. Aunque estas expediciones fueron dirigidas por dos prestigiosos arqueólogos norteamericanos, Wendell Bennett y James Ford, los resultados fueron bastante pobres, sin duda porque esos arqueólogos fueron poco más que visitantes apresurados, excavando pozos aislados aquí y allá y examinando colecciones producidas por gaaquería; su trabajo contribuyó muy poco al conocimiento de nuestro pasado (i.e., Bennett 1944; Ford 1944). Estos dos arqueólogos extranjeros (y algunos otros que llegaron al país por esa época e, incluso, antes de Rivet) no tuvieron un impacto académico ni establecieron patrones de investigación que hubieran podido estar en la base de la formación de una arqueología moderna en Colombia, como sí sucedió en otros países latinoamericanos. Su praxis no fue distinta de lo que Lorenzo (1981: 198) ha llamado «colonialismo arqueológico». Pero si la historia de nuestra arqueología comienza con extranjeros, y su impronta fue sentida de alguna manera en sus primeros veinte años, debe ser resaltado que después de esa época la presencia de investigadores foráneos desaparece casi totalmente (salvo honrosas y recientes excepciones); las razones son, me parece, obvias, y oscilan entre los temores a la violencia colombiana y al hecho de que el desarrollo prehispánico colombiano sólo alcanzó un nivel cacical. El resultado es muy simple: la arqueología en Colombia ha sido hecha básicamente por colombianos. Este sólo hecho singulariza la historia de la disciplina en Colombia si se la compara con otros países latinoamericanos que alcanzaron, por lo menos, un nivel de desarrollo cacical. Este aislamiento relativo, sin embargo, no contribuyó a la formación de una

«arqueología colombiana» distintiva; las razones deben buscarse en un exceso de empirismo, poco interés por asuntos teóricos y metodológicos y un aislamiento absoluto de la realidad colombiana.

Dos tendencias pueden ser identificadas en las investigaciones arqueológicas realizadas en aquella época: (a) la excavación de sitios con arquitectura monumental e impresionantes representaciones plásticas, una empresa puramente empirista, y (b) una labor mucho más seria, i.e., el intento de sistematización espacio-temporal para el pasado del país. En cuanto se refiere a la primera tendencia puede decirse que los esfuerzos y el tiempo de varios individuos e instituciones se dedicó a excavar y exponer los restos de algunos cacicazgos prehispánicos, sobre todo en el suroccidente colombiano. Los resultados alcanzados, bien ejemplificados por los trabajos realizados en San Agustín (una importante área arqueológica localizada en el Alto Magdalena) y Tierradentro, no hicieron mucho más que poner al descubierto algunos vestigios materiales, obviamente los más espectaculares; de hecho, hasta hace poco no se contaba con buenas secuencias para esas áreas y en algunos lugares como Tierradentro éstas simplemente no existen. La conclusión es inescapable: demasiado tiempo fue invertido en excavar cultura material y muy poco tiempo en entender como ésta fue constituida. Esta es una característica de nuestra arqueología: se hicieron investigaciones arqueológicas en varias áreas, pero no se realizaron sistematizaciones de tiempo y espacio satisfactorias; incluso, la única organización de este tipo (con ambiciones de amplitud nacional), propuesta por Gerardo Reichel-Dolmatoff (1965), nunca se operacionalizó de manera efectiva. Como resultado, lo máximo que se logró fueron no siempre adecuadas secuencias regionales en las que los términos fueron sólo rótulos, si acaso con contenido cronológico. Esta obvia limitación contrasta de manera notoria con países vecinos, donde el empirismo produjo, por lo menos, un buen control en esos dos ejes.

Reconociendo la falta de una caracterización formal de la realidad arqueológica, es obvio que no se hizo ningún intento por delinear las más importantes trayectorias económicas y culturales de las diferentes etapas de la prehistoria colombiana. La única excepción es el trabajo hecho por Reichel-Dolmatoff, quién es también el protagonista de la segunda tendencia de las dos mencionadas con anterioridad. Si la arqueología colombiana ha incurrido en una deuda con algún individuo, es con este antropólogo multi-facético. Reichel-Dolmatoff y su esposa colombiana, ambos entrenados bajo Rivet, se propusieron una tarea titánica: establecer la sistematización de tiempo y espacio para la mayoría de las áreas arqueológicas del país, con excepción de las cuencas del Amazonas y Orinoco. Su trabajo se centró, sin embargo, en varios sitios de la llanura Atlántica situados cerca de la línea costera actual; el

sitio que formó la columna vertebral de los argumentos de Reichel fue Puerto Hormiga, estratégicamente localizado en un impresionante ecotono. Los vestigios encontrados allí revelaron una ocupación de cazadores-recolectores semisedentarios sin agricultura pero con cerámica. Esta evidencia le permitió hacer una contribución central a la historia cultural del continente: la re-definición del concepto *Formativo* desde la perspectiva del norte de Colombia (Reichel-Dolmatoff 1958). Dos aspectos deben señalarse de la vasta obra arqueológica de Reichel-Dolmatoff: su uso pionero de analogías etnográficas para explicar datos arqueológicos (véase, especialmente, Reichel-Dolmatoff 1972; obras más recientes suyas en este sentido son Reichel-Dolmatoff 1981, 1988), tomadas de su extenso y detallado conocimiento de los grupos indígenas colombianos, y sus limitaciones en asuntos teóricos y metodológicos. El primer aspecto es notable y es la más importante contribución jamás hecha por un colombiano a la arqueología mundial; en cambio, el segundo aspecto es lamentable. La concepción histórica de Reichel fue excesivamente mecánica y, dada la inmensa influencia que ejerció sobre sus colegas, permeó la literatura arqueológica del país hasta hace muy poco. Su aparentemente elegante descripción esquemática de nuestra prehistoria (Reichel-Dolmatoff 1965, 1978, 1987) siguió un camino determinista: los modelos fueron establecidos sobre la base de unos pocos datos, pero puesto que esos modelos estuvieron limitados por estos últimos, el determinismo resultante fue consecuencia de crudas generalizaciones empíricas. A nadie puede sorprender que el difusionismo propugnado por Reichel sea todavía parte de su legado. Aunque el difusionismo de Reichel no es de la misma crudeza del de su maestro Rivet (e.g. 1923) o del español Pérez de Barradas (e.g. 1956), otro extranjero que trabajó en Colombia en la primera mitad del siglo, sí limitó su posible búsqueda de procesos culturales. La difusión es un *no-principio* y al mismo tiempo una herramienta maravillosa: dice todo y dice nada. Aunque puede describir realidades históricas, ignora sus causas y su naturaleza procesual porque la «*explicación*» se limita a observaciones empíricas superficiales, usualmente basadas en los conceptos de *área cultural* o *área temporal* tan caros a la Escuela de Viena y a sus seguidores americanos. Más aún, es usualmente una observación sobre datos arqueológicos pero no sobre el pasado. Tanto se ha escrito sobre este tema, especialmente por arqueólogos procesualistas, que es innecesario abundar más sobre él en este trabajo.

En menos de una década se establecieron los cuatro Departamentos de Antropología existentes en el país: en la Universidad de Los Andes en 1963, en la Universidad Nacional en 1966, en la Universidad de Antioquia en el mismo año y en la Universidad del Cauca en 1970; sus programas académicos, ninguno de los cuales tiene a la arqueología como una carrera indepen-

diente, son muy diferentes pero no han sido formados por ninguna directiva estatal explícita (aunque, por supuesto, cada uno refleja el medio-ambiente social y político de su respectiva universidad). Sin embargo, estos Departamentos tampoco han producido una «arqueología colombiana» y han promovido una formación académica básicamente empirista. En 1972 se creó la Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales (FIAN) del Banco de la República, la única institución nacional dedicada a patrocinar y difundir investigaciones arqueológicas a través de su serie monográfica. No es casual que fuera justamente la arqueología la subdisciplina antropológica que recibiera el apoyo del estado en una época tumultuosa, puesto que la arqueología ha tenido en la academia colombiana una larga tradición de desinterés político. Aunque la *presunción de una neutralidad esencial a la disciplina* es obviamente falsa, ésta ha sido exitosamente promovida por arqueólogos practicantes sólo interesados en producir vestigios materiales del pasado, sin penetrar el sentido político de su construcción ni su función social. Este apoyo estatal a la arqueología contrasta con la represión a muchos antropólogos *socioculturales, algunos de los cuales estuvieron involucrados en trabajos políticos* de distinta clase y dimensión (véase Friedemann 1987). Esta observación nos trae a un punto importante: si la historia de la arqueología en algunos países latinoamericanos está supuestamente escindida entre dos corrientes de pensamiento, neoempirismo y marxismo (e.g. Lorenzo 1981), Colombia debe ser excluida de ese grupo. La llamada «arqueología como ciencia social» (Bate 1977; Lumbreras 1981), por ejemplo, la única propuesta teórica latinoamericana, no tuvo influencia alguna en nuestro medio. Las razones que expliquen este fenómeno son intrigantes, sobre todo considerando que esa propuesta fue discutida en otros países en la época (1960-1980) en que hubo suficiente tormenta política en Colombia como para promover aproximaciones marxistas en todos los campos de las ciencias sociales. En contraste, la antropología sociocultural colombiana sí fue influida por el marxismo, lo que es evidente sobre todo en su posición crítica frente a las políticas estatales sobre minorías étnicas y a las teorías colonialistas y en su apoyo a sectores populares de la sociedad, especialmente los indígenas (e.g. Friedemann 1987). La explicación debe buscarse en el hecho de que nuestra arqueología ha sido, fundamentalmente, una actividad empírica desligada del tejido social. La teoría fue considerada hasta hace poco por los arqueólogos colombianos como un pájaro extraño, cercano a la antropología socio-cultural y a otras disciplinas relacionadas con el tejido social, pero lejano a la arqueología. En este sentido es fácil entender por qué nunca existió una tensión teórica en la praxis de la disciplina: simplemente no hubo un locus en el que pudiera ocurrir esa tensión; esta sí existió, sin embargo, en otras ramas de la

antropología (*Ibid*). Pero si debemos reconocer al empirismo su papel dominante en la praxis de la arqueología en Colombia, debemos también reconocer que en Colombia nunca ha existido el vínculo que ha existido en otros países entre arqueología y políticas estatales (e.g. Funari 1992; Politis 1992). Esto desnuda una paradoja: mientras que el empirismo impidió el desarrollo de una «arqueología colombiana» y su papel potencial en la formación de una identidad nacional menos ideologizada, al mismo tiempo mantuvo a la disciplina libre de intolerancia e intervención política.

Quizás una de las mejores medidas de lo que los arqueólogos colombianos han estado haciendo con sus datos en las últimas dos décadas la proporciona un examen de la colección de monografías publicadas por FIAN. Esta colección, que ha publicado poco más de 50 libros, comenzó con un trabajo puramente empirista (Angulo 1978). Con pocas excepciones, la tendencia ha sido básicamente la misma: declaraciones no interpretativas sobre semejanzas y diferencias empíricas entre fenómenos de la misma clase, un ordenamiento tipológico no explícito de los fenómenos arqueológicos y el elevamiento de ese ordenamiento a un papel de fin y no de medio, y una exclusión casi total de ese ordenamiento empírico con respecto a explicaciones sobre el pasado. Cuando se han hecho intentos «explicativos» éstos se han reducido a hacer caracterizaciones formales de datos arqueológicos y a extrapolar condiciones medioambientales actuales al pasado, tratando de adivinar como copaba con ellas la gente responsable de la producción de los fenómenos estudiados. Incluso las herramientas clasificatorias sistemáticas no han sido tomadas con la seriedad debida. La seriación, por ejemplo, es practicada por sólo pocos; aunque se introdujo formalmente en el país en 1980 como parte de una agenda programática lanzada por dos de los más ardientes seguidores de Ford, Betty Meggers y Clifford Evans, el método nunca fue popular, no porque los arqueólogos colombianos fueran particularmente críticos al respecto sino porque la tendencia principal ha sido el tratamiento no sistemático de los datos. Aún aceptando que la variante fordiana de la seriación es cuestionable, de todas maneras pudo haber sido más apropiada para el ordenamiento empírico que las tipologías no explícitas usadas con tanta frecuencia.

LA PERSPECTIVA CONTEMPORANEA

Aunque la tendencia empirista de la disciplina ha sido promovida de manera creciente (véase FIAN 1985), la madurez de la arqueología colombiana está señalada por la conciencia de que la investigación debe trascender el or-

denamiento de fenómenos pasados para explicar los procesos dinámicos responsables de su producción. Pero este umbral debe ser cruzado llevando a cuestras una carga pesada: dada la falta de sistematizaciones espacio-temporales para la mayor parte del país, los arqueólogos colombianos deben cumplir un papel doble, esto es, establecer secuencias regionales inexistentes y, al mismo tiempo, interpretarlas en términos procesuales. Lo que para la mayor parte de los países está ya dado —i.e., una variada información de fondo— en Colombia debe ser construido desde el principio. En áreas como el norte de los Andes, en donde las sistematizaciones de tiempo y espacio no han sido adecuadamente trabajadas, la identificación de tipos temporales y geográficos es una labor básica, «un mal necesario en la jerarquía de las operaciones arqueológicas», como Thomas (1979: 237) lo ha dicho tan bien. A pesar de esta dificultad, en la última década los arqueólogos colombianos han empezado a superar los antes intocados pilares sobre los que se sostenía nuestro «entendimiento» de la variabilidad cultural del pasado: áreas culturales y tradiciones, fases y complejos arqueológicos, estilos metalúrgicos y cerámicos, rasgos compartidos. El estilo, por ejemplo, ha sido ampliamente usado en la arqueología colombiana no solamente como una herramienta clasificatoria sino como una herramienta explicativa, usualmente basándola en criterios difusionistas. Al proyectar semejanzas y diferencias entre estilos en áreas culturales previamente definidas el resultado fue una correlación entre un estilo dado y una región geográfica asumida por virtud de esta operación en área cultural; de esta manera, estilos y fases fueron adscritos a culturas diferentes. Nunca fue totalmente explorado, sin embargo, si estas entidades tenían contenido socio-político, incluso dentro de la misma unidad social. El propósito más ambicioso de esas interpretaciones fue establecer semejanzas y diferencias entre los datos; esas observaciones empíricas fueron tomadas equivocadamente como declaraciones sobre el pasado. Innecesario decirlo, los arqueólogos colombianos de las nuevas generaciones no rechazan lo hecho por la disciplina con anterioridad porque sus resultados estén atrasados con respecto a un punto de vista contemporáneo, sino simplemente porque estuvieron atrasados con respecto a los logros alcanzados por la disciplina en otras partes del mundo en esa misma época. Lo que se cuestiona, entonces, es la ceguera y la intolerancia, no el hecho de que la arqueología colombiana de hace unos años aparezca atrasada a los ojos de los arqueólogo de 1994.

Lo que está emergiendo ahora es una investigación del pasado en términos de procesos y explicaciones antropológicas, dos de las líneas directrices del procesualismo. Los principios básicos y las operaciones de ese paradigma, sin embargo, son recién llegados a la arqueología colombiana; de hecho, un interés genuino en asuntos teóricos y metodológicos está asociado con

una nueva generación de arqueólogos entrenados en los últimos años en países anglosajones o de tradición académica anglosajona. No puede evitarse comparar este hecho con los viajes de iniciación esotérica tan comunes en los cacicazgos prehispánicos del norte de Suramérica. Aunque este adoctrinamiento imperial sea cuestionable desde una perspectiva política, lo cierto es que está abriendo la arqueología del país a una preocupación real por el pasado (y no sólo por sus manifestaciones plásticas) y por las formas de develarlo. Es fácil identificar tendencias contemporáneas en la explicación de problemas básicos como los patrones de adaptación de cazadores-recolectores a diferentes medioambientes, la emergencia del sedentarismo, los procesos responsables del inicio de la agricultura en el trópico y de la variabilidad evidente en el origen y desarrollo de varias sociedades complejas. Otras tendencias son el cambio de proyectos de sitios específicos a investigaciones regionales y el creciente interés en la manipulación humana de ecosistemas pasados. No es éste el lugar para indicar temas o áreas que deben ser investigados prioritariamente, porque la lista sería larga y la posibilidad de jerarquizarlos imprecisa. Sin embargo, baste decir que debe ser explorada la potencialidad de la etnoarqueología en un país con varios grupos indígenas adaptados a una gran variedad de medioambientes y con diferentes etapas de desarrollo; ello quizás promovería un todavía inexistente interés en aproximaciones postprocesualistas. Aunque la formación de colecciones de referencia y la utilización rutinaria de técnicas básicas de investigación deben continuar, éstas operarán en el vacío si las preocupaciones conceptuales no están enraizadas en los Departamentos de Antropología. Más allá de consideraciones metodológicas y técnicas, la praxis de la arqueología en este país debe expandirse más allá de la prehistoria para incluir partes de nuestro pasado más reciente que han sido ignoradas por la historia oficial, como el papel de las comunidades negras en la construcción de lo que ahora es Colombia.

¿ARQUEOLOGÍA PARA QUIÉN?

Aunque la representación simbólica del «país mestizo» ha reemplazado casi totalmente en este siglo la identidad basada exclusivamente en el legado español, fenómeno que está ligado a la consolidación de una burguesía de un espectro social amplio, la producción de conocimiento histórico por parte de los arqueólogos colombianos ha tenido un impacto insignificante en la formación de una identidad nacional basada en el reconocimiento de la existencia de un país multiétnico³. Solamente un evento, patrocinado por la Universidad Nacio-

³ La relación entre identidades nacional, regional y étnica es muy compleja para ser tratada

nal en 1989, ha sido dedicado a examinar las relaciones entre educación y arqueología y sólo en los años 80 se adoptó oficialmente en los textos de colegio el conocimiento producido por los arqueólogos. Hasta entonces nuestra historia comenzaba con estatuas agustinianas mudas y espectaculares, ignorando a los individuos que las hicieron, lo que revive la vieja visión del pasado como una recreación exclusivamente estética. Aunque los últimos veinte años han sido testigos de un progresivo interés popular en política, parte del cual es una conciencia en expansión del papel de las representaciones simbólicas, sospecho que en el imaginario popular nuestro pasado todavía empieza con estatuas mudas y pasa, sin solución de continuidad, a los azares de la conquista. Los arqueólogos colombianos no parecen estar muy interesados en forjar un vínculo entre la academia y el tejido social, lo que contrasta de manera notoria con los esfuerzos hechos por muchos arqueólogos en otros países, sobre todo del Tercer Mundo (como los dos Congresos Mundiales de Arqueología realizados hasta ahora han mostrado con tanta claridad) y en marcado contraste con los antropólogos socioculturales del país, quiénes han estado involucrados en la relación entre academia y responsabilidad social desde los años 50 (véase Pineda 1984; Friedemann 1987).

Los arqueólogos colombianos han recibido en los últimos años una lección práctica sobre la manera en que el pasado es y puede ser usado. De hecho, la situación está cambiando y los vientos soplan desde el lado de los indígenas, de lejos el grupo con la más clara y fuerte identidad étnica, hace mucho tiempo necesitados de su propia historia. La arqueología en sus manos pretende transformar el viejo *dictum* «ellos como los vemos nosotros» en uno dialécticamente opuesto, «nosotros como nos vemos nosotros». En los procesos de etnogénesis que actualmente se desarrollan en varias partes del país, sobre todo en los Andes Suroccidentales, es evidente que la arqueología puede ser instrumental en enreujadas políticas, sobre todo en cuanto tiene que ver con legitimación histórica y la base discursiva que esta provee (cf. Urdaneta 1988; Trochez *et al.*, 1992; Vasco 1992). Este fenómeno ha sido hecho posible por una creciente conciencia sobre la inexistencia empírica del pasado y sobre el poder del conocimiento producido por la arqueología. En esta época somos testigos, por primera vez en el país, del involucramiento directo de los indígenas con su representación histórica, con la clara intención de oponer a la historia oficial una historia igualmente política pero no impuesta desde afuera.

La producción de conocimiento histórico por los arqueólogos juega un

aquí. Los interesados pueden encontrar una visión esquemática de esa relación en Friedemann (1987), Melo (1989) y Pineda (1984).

papel determinante en la forma en que una sociedad reflexiona sobre sí misma. En Colombia, además de contribuir a ubicar similitudes y diferencias en una perspectiva histórica, la arqueología debe tener como propósitos en la arena social el reconocimiento del otro en su especificidad, el develamiento de la naturaleza plástica y permeable del discurso histórico y el establecimiento definitivo del principio de inconmensurabilidad de las formas culturales. Se trata, por supuesto, de exigirle a los arqueólogos su parte de responsabilidad social; la justificación de su labor bien puede descansar en argumentos idiosincráticos, pero la praxis de la disciplina debe estar vinculada al tejido social del país, sobre todo en la producción de un discurso que no sirva a propósitos exclusivamente oficiales. Si la arqueología no abandona los salones de clase y los congresos donde es acaloradamente discutida por unos pocos especialistas iniciados, no tendrá ninguna participación política en la transformación de nuestra conciencia; en vez de ser participantes activos en la formación de la representación simbólica de la historia del país, los arqueólogos colombianos se podrán convertir en lo que Howard Nemerov alguna vez dijo de los poetas norteamericanos: «una impertinencia inofensiva, como pájaros en un acropuerto».

BIBLIOGRAFIA

ANGULO, C.

- 1978 *Arqueología de la Ciénaga Grande de Santa Marta*, Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Bogotá.

BATE, L. F.

- 1977 *Arqueología y Materialismo Histórico*, Ediciones de Cultura Popular, México.

BENNET, W. C.

- 1944 *Archaeological Regions of Colombia: a Ceramic Survey*, Yale University Publications in Anthropology, núm. 30, Yale University Press, New Haven.

DUQUE, L.

- 1965 «Prehistoria», tomo I de Etno-historia y arqueología, en *Historia Extensa de Colombia, vol. I*, Ediciones Lerner, Bogotá.

FIAN

- 1985 *Informe de Labores 1972-1984 y Manual para la Presentación de Proyectos*, Fian, Bogotá.

- FORD, J. A.
1944 *Excavations in the Vicinity of Cali*, Yale University Publications in Anthropology, núm. 31, Yale University Press, New Haven.
- FRIEDEMANN, N.
1987 «Antropología en Colombia: después de la conmoción», en *Revista de Antropología*, 3: 133-155.
- FUNARI, P. A.
1992 «La arqueología en Brasil: política y academia en una encrucijada», en *Arqueología en América Latina Hoy*, editado por G. Politis, pp. 57-69, Fondo de Promoción de la Cultura, Bogotá.
- LONDONO, S.
1989a «Precusores de la arqueología colombiana en el siglo XIX», en *Museo del Oro: 50 años*, pp. 15-41, Banco de la República, Bogotá.
1989b «La conciencia del origen precolombino», en *Museo del Oro: 50 años*, pp. 43-57, Banco de la República, Bogotá.
- LÓPEZ DE MESA, L.
1939 *Disertación Sociológica*, Editorial El Gráfico, Bogotá.
- LORENZO, J. L.
1981 «Archaeology south of the Río Grande», *World Archaeology*, 13: 190-208.
- LUMBRERAS, L. G.
1981 *La Arqueología como Ciencia Social*, Peisa, Lima.
- MELO, J. O.
1989 «Etnia, región y nación: el fluctuante discurso de la identidad (notas para un debate)», en *Memorias del V Congreso de Antropología en Colombia*, pp. 27-47, Icfes, Bogotá.
- PAZ, O.
1970 *Posdata*, Siglo XXI, México.
- PÉREZ DE BARRADAS, J.
1956 *Viejas y Nuevas Teorías sobre el Origen de la Orfebrería Prehispánica en Colombia*, Banco de la República, Bogotá.
- PINEDA, R.
1984 «La Reivindicación del Indio en el Pensamiento Social Colombiano (1850-1950)», en *Un Siglo de Investigación Social: Antropología en Colombia*, editado por J. Arocha y N. Friedemann, pp. 197-251, Etno, Bogotá.
- POLITIS, G.
1992 «Política nacional, arqueología y universidad en Argentina», en *Arqueolo-*

gía en América Latina Hoy, editado por G. Politis, pp. 70-87, Fondo de Promoción de la Cultura, Bogotá.

REICHEL-DOLMATOFF, G.

- 1958 «The Formative Stage: an Appraisal from the Colombian Perspective», en *Actas del XXXIII Congreso Internacional de Americanistas*, vol. I, pp. 152-164, Imprenta Nacional, San José.
- 1965 *Colombia*, Thames and Hudson, Londres.
- 1972 «The Feline Motif in Prehistoric San Agustín Sculpture», en *The Cult of the Feline*, editado por E. P. Benson, pp. 51-68, Dumbarton Oaks, Washington.
- 1978 «Colombia Indígena-Período Prehispánico», en *Manual de Historia de Colombia*, vol. I, pp. 33-115, Colcultura, Bogotá.
- 1981 «Things of Beauty Replete with Meaning: Metals and Crystals in Colombian Indian Cosmology», en *Sweat of the Sun, Tears of the Moon: Gold and Emerald Treasures of Colombia*, editado por D. H. Seligman, pp. 17-33, Natural History Museum, Los Angeles.
- 1987 *Arqueología de Colombia: un texto introductorio*, Segunda Expedición Botánica, Bogotá.
- 1988 *Orfebrería y Chamanismo: un estudio iconográfico del Museo del Oro*, Colina, Medellín.

RIVET, P.

- 1923 «L'orfèvrerie précolombienne des Antilles, des Guyanes et du Venezuela dans ses rapports avec l'orfèvrerie des autres régions américaines», en *Journal de la Société des Americanistes*, 15: 183-213.

THOMAS, D. H.

- 1979 *Archaeology*, Holt, Rinehart and Winston, New York.

TROCHEZ, C.; FLOR, M., y URDANETA, M.

- 1992 *Mananasrik wan wetotraik kon*, Cabildo del Pueblo Guambiano, Bogotá.

URDANETA, M.

- 1988 «Investigación arqueológica en el resguardo indígena de Guambía», en *Boletín del Museo del Oro*, 2: 54-81.

URICOECHA, E.

- s.f. *Antigüedades Neogranadinas*, Biblioteca Aldeana de Colombia, Bogotá. (Original publicado en 1854.)

VASCO, L. G.

- 1992 «Arqueología e identidad: el caso guambiano», en *Arqueología en América Latina Hoy*, editado por G. Politis, pp. 176-191, Fondo de Promoción de la Cultura, Bogotá.